

I

EN EL PRINCIPIO . . .

Nací el 25 de diciembre de 1920 en Londres, Inglaterra, de una viuda cuyo nombre era Golda Alpern. Fui puesto en adopción inmediatamente. En aquellos días era fácil adoptar a un niño, se hacían pocas preguntas. La pareja que me adoptó apenas proveía las necesidades de la vida, pero, no obstante, les estoy agradecido por haberme recibido.

Robos, borracheras, juegos de azar, prostitución y chinches—todos ellos eran tan comunes en nuestra parte de Londres como las sábanas limpias y el agua caliente lo eran en otras partes. Los corredores de apuestas y las prostitutas vivían en las calles. Cuando niños, ganábamos dinero de los corredores de apuestas al advertirles cuando había policías en las cercanías.

Mi madre, padre, hermano Morrie (también adoptado) y yo vivíamos en la última casa en una calle sin salida llamada Dura Place. Un establo colindaba con el muro de nuestra casa al fondo, y todas las noches podíamos oír a los caballos dando coces contra la pared.

Teníamos dos cuartos, uno arriba del otro, de unos tres metros por tres metros cada uno. El primer piso servía como

cocina, comedor, sala y recámara de mis padres con una mesita, unas sillas y una muy pequeña chimenea en que quemábamos carbón. No teníamos electricidad, sólo una pequeña lámpara de gas para alumbrarnos y una estufa de un solo quemador de gas para cocinar.

Como la casa era muy húmeda, abundaban las sabandijas y, en el verano, gusanillos blancos se introducían en todas partes y mi cuerpo estaba cubierto de picaduras de chinches. Un día, al intentar matar algunos, desatornillé un poste de la cama, y para horror mío, de allí bullieron cientos de aquellos bichos.

El retrete, que compartíamos con la familia del lado, estaba afuera, situado sobre una alcantarilla y extremadamente sucio. Un día cuando tiré la cadena, una rata de cloaca trató de salir. No teníamos facilidades para lavar en la casa. Toda la calle, que consistía en unas diez casas de dos pisos, compartía una llave de agua fría situada afuera.

La mayor parte de mi ropa venía del Consejo Judío de Guardianes, una organización social. En los días festivos de gran solemnidad, como la Pascua, los necesitados recibían panes ácimos (pan sin levadura) y diferentes clases de comidas, así como ropa. El recibir nueva ropa era emocionante porque frecuentemente yo recibía un par de botas de suela de tachuelas. A nosotros, los niños, nos encantaba recibir esta clase de botas porque podíamos correr al lado de un carro jalado por un caballo, asirnos de la barandilla trasera y deslizarnos con nuestras botas sacando chispas al rozar las piedras del pavimento.

A veces metíamos nuestras manos en el carro y robábamos mercancía. En una ocasión corrí a un edificio desierto con un bulto robado y comencé a desenvolverlo. Seguí desenvolviendo, desenvolviendo y desenvolviendo, pero parecía nunca terminar la envoltura. Vi que el papel era demasiado delgado para escribir en él, pero no podría imaginar lo que era. Por supuesto, más tarde reconocí que era papel sanitario, cosa que hasta entonces nunca había visto.

Cada sábado me daban un penique y una comida embolsada y me mandaban al baño público, lo que constituía un verdadero deleite. Frecuentemente tenía que hacer fila por horas; así que comía mi comida mientras esperaba. La gente siempre contaba muchas cosas entre sí mientras se bañaba, y esto mantenía mi atención durante la larga espera. Se nos proveía una toalla y un pedazo de jabón por un penique al entrar al baño. Había un hombre cuyo trabajo era limpiar las tinas y poner agua en ellas. Después de limpiar una tina, salía a las llaves y abría la llave del agua. Si se le dábamos una propina, quizás medio penique, nos daba más agua caliente. Todavía puedo oír a la gente llamarle a través de las paredes delgadas: “Más agua caliente para el número 14”, o “Más agua caliente para el número 22”.

Al atardecer, a menudo me daban una rebanada de pan y un penique y me mandaban a buscar mi cena. Por un penique podía comer unas papas fritas de la tienda de pescado y papas fritas, una papa asada del vendedor de papas o castañas tostadas del vendedor de castañas. Todos estos vendedores y tiendas se encontraban alrededor de un lugar llamado Calle Hessel, que era el mercado judío. Había tiendas en los edificios, pero afuera en la calle había vendedores con toda clase de comida. Era hábil con mis manos, y, aunque los vendedores no lo sabían, me proveían con una variedad de cosas para comer.

Morrie, mi hermano adoptivo, era unos diez años mayor que yo. No recuerdo haber pasado muchos ratos amenos con él. Era algo insensato en las cosas que hacía y tenía una manera sádica de jugar conmigo. Ponía una almohada sobre mi cara para ver cuánto tiempo podía aguantar la respiración. Era mucho más fuerte que yo, y una noche casi logró asfixiarme.

Morrie y yo compartíamos una cama. Si yo me movía en la noche y lo destapaba, a veces me golpeaba. Una Nochebuena colgué una de las viejas medias de seda de mi madre de un poste de la cama esperando que viniera San

Nicolás a llenarla con juguetes. Me desvelé hasta muy de madrugada mirando fijamente la chimenea y esperando que bajara San Nicolás por ahí. Por fin me dormí. En la mañana, la media estaba llena de carbón. Esta fue otra de las bromas de Morrie.

Morrie se convirtió en ladrón y constantemente entraba y salía de la prisión. Cuando comenzó la guerra leí en el periódico que él se había unido al cuerpo de bomberos. Un día no respondió a un incendio, sino que robó de las bolsas de todos los demás bomberos. Fue llevado al tribunal donde le dieron a elegir si quería ir a la prisión o unirse a las fuerzas armadas. Él escogió la fuerza aérea. La próxima vez que lo vi fue en un refugio contra bombas durante un ataque aéreo. En este refugio había una multitud reunida alrededor de lo que parecía ser un oficial de la Fuerza Aérea Real. En realidad era mi hermano Morrie con un uniforme robado y jactándose de cómo había recibido sus galones y medallas. Más tarde, supe que lo habían arrestado por hacerse pasar por un oficial.

Ciertas condiciones en mi hogar sobresalen en mi memoria. A menudo leía a la luz de una vela. Una noche me dormí mientras leía. Más tarde desperté sudando. Se prendieron fuego a los cobertores y se estaba quemando la cama. Todavía no se había propagado mucho el fuego y yo pude apagarlo. Viéndolo en retrospectiva, ahora reconozco que no me preocupaba tanto el fuego como la reacción de mi madre. Resultó que ella sólo sintió alivio que no me había sucedido nada.

Mi padre tomaba mucho, apostaba, tenía aventuras amorosas y golpeaba muchas veces a mi madre. Todavía puedo verla con sus ojos morados y labios hinchados. Ella encontraba su vida tan deprimente que varias veces intentó suicidarse. Un atardecer, después de haberse peleado, ella intentó arrojarla de la ventana del segundo piso. Mientras ella intentaba salir logré jalarla para adentro de nuevo. En otra ocasión recuerdo que ella quitó el anillo de la entrada de

gas y trató de inhalarlo. Eran ocasiones aterradoras para mí.

Aunque mi hogar no era feliz, disfruté de buenos tiempos fuera de él. Una vez al año el Fondo para Vacaciones Campestres enviaba a niños pobres al campo por una o dos semanas. La primera vez que fui me enviaron a un lugar hermoso llamado Sidmouth, en Devon. Allí, por primera vez en mi vida, vi un riachuelo y deseé saber de dónde venía y a dónde iba. Fascinado, vi el agua fluyendo y fluyendo esperando que se acabara. El año siguiente, en la Bahía Herne, vi por primera vez una podadora de césped y pensé dentro de mí: "¡Qué máquina tan maravillosa para planchar pantalones!" Así que puse mis pantalones en el suelo y orgullosamente pasé la podadora hacia delante y hacia atrás sobre ellos.

Las recámaras en los hogares donde nos quedábamos eran lindas, con camas limpias y cobertores de verdad. En la casa usábamos abrigo para cubrirnos. En el primer hogar donde me llevaron había un cuadro de Jesús en la cruz colgado en la pared a la cabecera de la cama, que verdaderamente me aterró. Tuve miedo de que algo malo me sucedería si durmiera debajo del cuadro.

Cerca de nuestra casa estaba el Club de Niños en la esquina de las calles Oxford y St. George. Me encantaba el gimnasio y prácticamente vivía allí. Llegaba mucho antes que los demás, ponía las colchonetas, sacaba el potro de madera y practicaba gimnasia sobre él. Yo era bueno en gimnasia y la rutina cotidiana de ejercicio me sirvió de gran ayuda después en el ejército.

Uno de mis deportes favoritos era el críquet, un deporte semejante al béisbol, pero en el críquet se hace rodar la pelota en lugar de tirarla. Yo era un lanzador muy rápido y llegué a ser capitán de un equipo de críquet. Otro deporte que me gustaba era el fútbol. Mis primeros zapatos de tacos para el fútbol eran de segunda mano, pero estaba contento de tenerlos. Para tener un balón íbamos al vendedor de periódicos, tomábamos los periódicos desechados, hacíamos

de ellos una bola y la amarrábamos con un cordón. Se nos hacía fabuloso tener un “balón” así, y jugábamos con él por muchas horas.

El boxeo también me interesaba. Mientras golpeaba una funda de almohada llena de trapos y colgada del tendedero, me imaginaba ser Joe Louis. En realidad, peleé una vez y salí bien librado hasta que se dislocó mi pulgar. Después, mi contrincante me golpeó por todos lados y me dejó muy machucado. No pude comer por semanas por el fuerte dolor en mi quijada. Fue mi primera y última pelea.

Como no podía pagar la entrada a la arena de boxeo para ver las peleas regulares, solía subir al techo, bajar por el tragaluz del baño y dejarme caer sobre el asiento del inodoro. De allí, entonces, entraba sigilosamente al pasillo, me perdía entre la muchedumbre y disfrutaba gratis las peleas. En aquellos días eran bastante sangrientas.

Todas estas cosas fueron una parte importante de mi vida, pero el evento que tuvo el mayor impacto en mí fue la muerte de mi padre. En aquel entonces yo tenía sólo once años. El tema de la muerte era considerado tabú en nuestro hogar. Era algo temido y nunca discutido. Una noche, mientras estaba acostado en mi cama en el cuarto de arriba, oí a mi padre gritando en el piso de abajo. Clamaba a Dios, diciendo: “¡Por favor, Dios, no me dejes morir! No quiero morir. ¡Por favor, Dios, ayúdame!”

Nunca olvidaré su clamor; era de desesperación, temor y terror. Ahora puedo entender por qué se sentía así. Él había vivido como si iba a tener mil años en la tierra. Siempre creeré que sabía que se iba al infierno y que esta probabilidad lo aterrorizaba.

En las tempranas horas de la madrugada terminó su vida aquí. No dormí aquella noche y amanecí con mis ojos rojos e hinchados. Al verme en el espejo oré a Dios: “Por favor, Dios, no me dejes morir”, un eco de los temores de mi padre. De ahí en adelante el pensamiento de la muerte se aferraba a mi mente. Temía dormirme en las noches por miedo de no

amanecer vivo. Aquel temor me acompañó por muchos años y aún ahora puedo oír los gritos de mi padre.

Para observar el período de luto tradicional por mi padre fuimos a la sinagoga cada noche por un año. Nos vestíamos de negro, nos sentábamos en sillas bajas y orábamos por él. En aquellos días se rasgaban las ropas alrededor del corazón para indicar que estaba quebrantado por el dolor. Este recuerdo constante del hombre y su muerte me atemorizaba.

Después de la muerte de mi padre mi madre se hizo prostituta para sostenernos. Lo peor era que todos los niños del vecindario sabían que hacía ella. Mientras jugábamos en la calle todos podían ver a los hombres llegando a verla. A mí me daba mucha vergüenza. Recuerdo que un hombre en particular me preguntó: “¿Sabes en dónde vive Annie la Gorda?” Annie la Gorda era mi madre.

Esta situación contribuyó mucho a la imagen muy baja que tenía de mí mismo. De vez en cuando, cuando el dinero lo permitía, mi madre hacía arreglos para que yo me hospedara en una casa calle abajo o a la vuelta de la esquina. No obstante, esto no alteraba lo que sucedía ni cambiaba el hecho de lo que todos mis amigos sabían.

Para tenerme fuera de la casa mi madre me daba peniques para ir al cine mudo. Recuerdo el trauma que nos causó a mí y a mis amigos cuando cerraron el cine para su renovación. La primera noche cuando reabrió olía fuertemente los asientos a cuero y a pintura. El día siguiente en la escuela, era obvio quienes habían ido al estreno porque todos teníamos una raya de pintura verde en las espaldas de nuestras camisas.

Mi madre leía las hojas de té y las cartas. Sus amigos creían que era una clarividente. Percibía los sentimientos de la gente y daba consejos e información a sus amigos. Aunque nunca me involucraba en sus actividades, estaba yo muy consciente de ellas. No fue por casualidad que, mientras crecía, fui atraído al mundo de lo oculto.

Nuestra religión, aunque importante para nosotros, era

más una tradición que un compromiso espiritual. Asistía a la escuela hebraica tres ó cuatro días por semana. Por supuesto, lo más importante para los niños viene con su *Bar-Mitzvah* a los trece años. Pasé largas horas aprendiendo la porción de la Ley que iba a recitar en la sinagoga en mi decimotercer cumpleaños.

Cuando llegó el día, estaba muy nervioso. Y luego aquella mañana, mi madre me dijo que había empeñado mi traje. Ella tomaba y fumaba mucho y había usado el dinero para cigarrillos y cerveza. Recuerdo estar parado fuera de la casa de empeños llorando porque no podía estar en la reunión de la sinagoga para mi *Bar Mitzvah*. Estaba seguro que por eso me iría al infierno.

Por mucho tiempo ansié tener la edad suficiente para dejar la escuela y buscar trabajo. Legalmente se requería que un niño tuviera catorce años para poder hacerlo. Cuando lo intenté, tuve problemas porque, aparentemente, cuando me inscribieron en el jardín de niños, dieron mal mi edad y los archivos escolares me mostraban tener un año menor de lo que en realidad tenía.

Por fin arreglamos el asunto y se me permitió dejar la escuela. Yo creía sinceramente que podría ayudar con los gastos familiares para permitir a mi madre dejar de venderse. Ella me dejaba creer que lo haría, pero nunca lo hizo. Sus hábitos de tomar y fumar eran caros y nunca los dejó.

Mi primer intento de conseguir un trabajo me dio una fuerte muestra del antisemitismo. Me negaron el trabajo porque era judío. Dijeron que nunca cerraban los días festivos judíos y, aunque insistí que no me importaba trabajarlos, todavía me lo negaron.

Conseguí trabajo en una fábrica de zapatos en la calle Brick. Encontré difícil estar confinado adentro por largos períodos de tiempo y renuncié poco después. El hermano de mi madre era dueño de una panadería y me ocupó un tiempo. Se me permitía una hogaza de pan cada noche como bonificación. Una noche se enojó mi tío porque la hogaza

que llevé costaba un penique más que otros y me despidió.

Otros empleos que tuve incluyeron el de vendedor de zapatos, empacador en un almacén y cortador en la industria de ropa. En este trabajo usábamos un cuchillo muy grande y cortábamos unas ochenta piezas a la vez.

También trabajé en el famoso callejón Petticoat Lane vendiendo corbatas y ropa infantil. Hasta intenté producir una línea de ropa infantil por mi propia cuenta. Fue un negocio muy pequeño y no tardó en hundirse.

De broma, llamo a una experiencia mi "empleo de diez segundos". Había hecho una solicitud para una posición en una fábrica de cemento y fui aceptado. Al entrar, vi el anuncio de una colecta que se hacía para un hombre quien murió por inhalación del polvo del cemento. Para mi primera tarea, un hombre me echó una pesada bolsa de cemento en mi hombro y me dijo que la llevara al otro lado del almacén. Cuando llegué allí, mi ropa estaba cubierta del polvo del cemento y casi no podía respirar ni ver. Allí había una salida y la aproveché para no regresar jamás.

La muerte entró de nuevo a mi vida cuando tenía unos diecisiete años. Mi madre había estado en el hospital con neumonía bronquial y yo había estado quedándome solo en la casa. Desgraciadamente los "clientes" de mi madre no sabían de su enfermedad y constantemente venían a la puerta, tocando y llamando su nombre. Me quedaba arriba en mi cuarto, demasiado atemorizado para moverme. Cuando murió mi madre en el hospital, enviaron a un policía a la casa para avisarme. Al principio creí que era otro "cliente" y no contesté la puerta.

Después de la muerte de mi madre yo no tenía a dónde ir; así es que me quedé en la casa. Una noche poco después, estando yo acostado en mi cama, podía ver a mi madre delante de mí en lo más alto de los escalones. Se veía blanca, de apariencia etérea y me sonreía como si fuera una visión. Me tapé la cabeza con los cobertores y cuando volví a ver había desaparecido. Fue una experiencia terrorífica y de

allí en adelante, mi obsesión con la muerte se empeoró.

No tardó el arrendador en saber de la muerte de mi madre y me envió una carta en que me pedía ir a verlo. Me dijo que mi madre le debía renta atrasada y quería que yo se la pagara. Hasta el día de su muerte yo había dado a mi madre todo el dinero que ganaba, y ella me daba una pequeña cantidad para gastar. No tenía ni un penique para darle. Era un individuo sin corazón, y tuve que mudarme inmediatamente. A los diecisiete años yo estaba completamente solo en el mundo.

Al principio lo encontré emocionante. Pero pronto sentí la soledad y la necesidad de una relación íntima. Mi vida social se centraba en el Club de Niños, y fue en un baile allí que conocí a una muchacha llamada Lily Silver.

Lily y yo sentimos de inmediato una atracción mutua y nuestra relación prontamente nos llevó al matrimonio en 1940. Unos días después de nuestra boda fui llamado al ejército. Durante mi entrenamiento y estancia en la milicia Lily se quedó con su familia.

Me enviaron a las islas Shetland y mientras estuve allí tuve una experiencia que está firmemente arraigada en mi memoria. Era mi trabajo inspeccionar los rifles automáticos de los soldados, lo cual involucraba mirar dentro del cañón mientras cada hombre sostenía su arma supuestamente vacía. Apenas había dado paso atrás después de ver un arma y todavía tenía mi mano en ella cuando el tipo apretó el gatillo y se disparó el arma. Para mí, un asunto de dos segundos había sido la diferencia entre la vida y la muerte. El incidente me sirvió de recuerdo que todavía no estaba dispuesto ni preparado para enfrentar la muerte.

En mayo de 1940 me trasladaron de las islas Shetland a tierra firme en Inglaterra. Allí me dieron un curso de nueve meses para ser operador de radiotelégrafo. La radiotelegrafía era un trabajo muy arriesgado porque el enemigo rápidamente captaba las señales del operador y él era el primer blanco del fuego de artillería. Perdimos a muchos mucha-

chos de esta manera. Pero Dios, en su providencia, proveyó una manera de salvarme.

Mi unidad estaba lista para servicio de combate y antes de embarcarnos se nos dio dos días de eventos deportivos. Mientras efectuaba el salto de altura caí sobre mi tobillo y se me hinchó mucho. Al día siguiente hubo una competencia de críquet y a pesar de mi lesión, yo estaba decidido a jugar por mi amor a ese deporte. La posición que involucraba menos movimiento era la de receptor, la cual es semejante a la del receptor de béisbol detrás de la meta. (Sin embargo, en críquet el receptor se para sin una careta protectora detrás de tres palos que forman la meta. También lleva puesto guantes en lugar de un guante especial para béisbol, aunque la pelota del críquet está hecha de corcho y cuero y es tan dura como una de béisbol).

Lo que el bateador y yo ignorábamos era que el lanzador de este juego era muy rápido. Envió un lanzamiento volando hacia el bateador, quien no tuvo intención de pegarlo. El bateador se agachó para evitar ser golpeado en la cara e, instintivamente, levantó su bate para protegerse.

Mientras, yo me había colocado a la derecha para dejar pasar la pelota porque no tuve intención de recibir este lanzamiento tan rápido y duro. Desdichadamente, o quizás afortunadamente, el bateador desvió la pelota hacia mi cara y me golpeó directamente entre mis ojos.

Estaba yo paralizado, y todos sabían que había sido gravemente lesionado; algunos, incluso, pensaron que estaba muerto. Me llevaron a un hospital en Leeds, Yorkshire, donde permanecí por varias semanas. Para entonces, ya le había tocado a mi unidad embarcarse y fue enviada a Birmania.

En este tiempo estaban regresando nuestros soldados de Dunkirk y había muchos lesionados de gravedad entre ellos. Al estar hospitalizado con ellos, los escuché compartir sus experiencias unos con otros y, por supuesto, tarde o temprano me preguntaron por mis lesiones. El lado izquierdo de mi

cara estaba todo lleno de cardenales y los vasos sanguíneos, seriamente dañados. Supongo que me veía en peores condiciones que la mayoría de ellos, pero simplemente no les podía decir que me había lesionado en una cancha de críquet, así que eché mano a todos mis recursos para evitar contestarles.

Las visitas a casa fueron pocas y muy espaciadas. Lily y yo nos veíamos cada cuatro o cinco meses. No teníamos un cimientito para el matrimonio ni tiempo para edificar uno. Éramos dos jóvenes completamente inconscientes de nuestras responsabilidades el uno hacia el otro.

Al terminar mi carrera militar me había convertido en instructor de entrenamiento físico, lo cual disfrutaba al máximo. Quería hacerlo mi carrera, pero Lily ni siquiera lo consideraría. Su padre era dueño de una taberna y su familia insistió en que yo trabajara allí. Así que lo hice, pero lo odiaba.

El trabajo de una casa pública era asqueroso, y yo quería salir de allí desesperadamente. Esto causó tremenda tensión en mi matrimonio, el cual comenzó a desmoronarse. Discutíamos constantemente. Durante este tiempo nació nuestro hijo Stewart.

Al fin dejé la taberna y sometí mi solicitud para el empleo de taxista en Londres. Se requería un año de adiestramiento; por lo tanto, conseguí un empleo vespertino de vendedor de ropa infantil.

Como parte del entrenamiento, nos dieron una lista de 450 rutas para memorizar y anduvimos con un compañero hasta llegar a conocerlas. Cada mes presentamos exámenes, los cuales, aunque tardaban sólo unos diez minutos, requerían una espera de tres o cuatro horas. Los exámenes eran orales y nunca sabíamos qué nos preguntarían. Se sumaban todas nuestras calificaciones hasta adquirir cierta cantidad de puntos. Hacia fines de nuestro adiestramiento los exámenes fueron cambiados a cada quince días. Al fin del año presenté examen de manejo en un taxi y recibí mi

distintivo.

Ahora estaba completamente preparado para entrar en mi nueva profesión. Para lo que no estaba preparado era la dirección en que pronto sería llevado—a través de calles y callejones de tinieblas que no se hallan en ningún mapa.

FOTOS



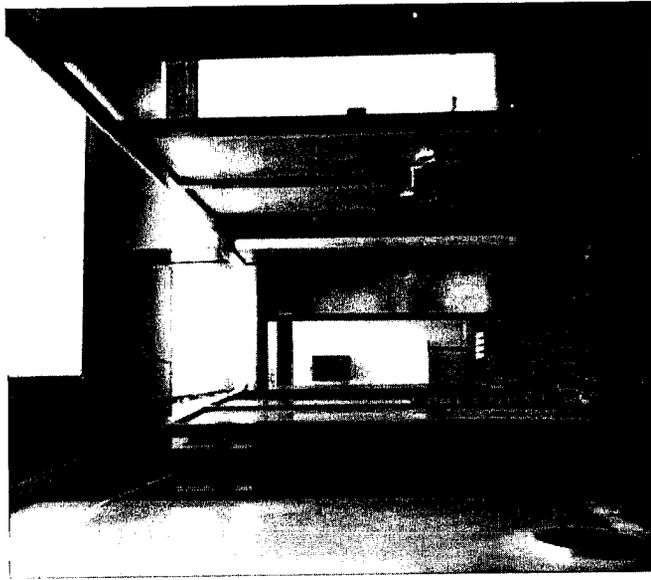
Ben vivió en una casa como éstas: casa en línea donde la puerta abriría a la calle angosta y peatonal. Cada casa tenía dos cuartos.



El dormitorio, la cocina, el comedor tenía una área de 3 metros por 3 metros y servía como área de habitación familiar. La calefacción consistía en un fuego de carbón. No había electricidad ni agua dentro de la casa. Cada dos casas compartían un retrete al frente por la calle. Había una llave de agua fría para toda la calle, unas 10 casas.



El edificio de los baños públicos donde Ben se bañaba una vez a la semana. Pocas casas tenían baños privados, entonces los baños públicos estaban usados por cientos de personas en el sector. Significaba una espera larga para poder bañarse.



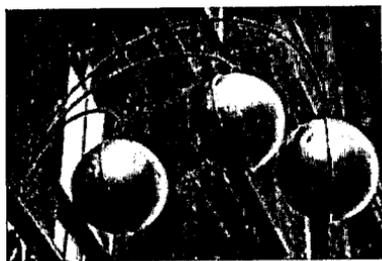
El pasillo de los baños públicos. Las llaves no estaban dentro de los baños. Un asistente en el pasillo abriría la llave. Si le daba una propina, le daría más agua caliente. Observa la llave a la derecha en la fotografía.



El mercado – nuestro lugar de compras. Podría comprar de todo aquí, un alfiler hasta un elefante.



Mucho del transporte en aquellos días era por carreta con caballo. Nota todo el forraje que están transportando.



La señal histórica de empeño es igual a los tres globos dorados en el escudo de armas de la familia Medici.



La casa de empeño donde la madre de Ben entregó el traje de Ben en el año 1933. Por esta razón el no pudo participar en su *Bar-Mitzva*. La fotografía muestra a Ben indicando donde antes colgaban los globos dorados de empeño. El lugar ahora es una tienda de venta de vestidos.



La escuela hebrea donde Ben estudiaba es ahora un centro musulmán, un acontecimiento triste.



La cervecería donde los padres adoptivos de Ben pasaron mucho de su tiempo.



La pared detrás de Ben es todo que queda de la calle donde el vivía como niño.



Testificando ante el concilio de la ciudad de Joplin el 4 de junio de 1985. Dentro de la caja que sostiene Ben hay unas de las revistas pornográficas obtenidas de 52 negocios. Más de 2,000 asistieron la concentración de ciudadanos en las oficinas de la municipalidad. Como resultado los 52 negocios dejaron de vender la pornografía y se cerraron dos librerías para adultos (pornográficas) y seis salones de masajes.

The Joplin Globe

Published by the Joplin Globe Publishing Co., Inc., Joplin, Missouri, June 4, 1965 — Twenty-Two Pages

★ Joplin, Missouri, June 4, 1965 — Twenty-Two Pages

By Stan Hildreth
 City Council members today voted to allow a council to be organized in the city to handle the affairs of the city. The council would be organized to handle the affairs of the city and to handle the affairs of the city. The council would be organized to handle the affairs of the city and to handle the affairs of the city.

the board voted to allow a council to be organized in the city to handle the affairs of the city. The council would be organized to handle the affairs of the city and to handle the affairs of the city. The council would be organized to handle the affairs of the city and to handle the affairs of the city.



Anti-porn push packs city hall



Ben Alvarado speaks at anti-pornography presentation.

Great spots in retro areas and sidewalks at municipal building.

...the board voted to allow a council to be organized in the city to handle the affairs of the city. The council would be organized to handle the affairs of the city and to handle the affairs of the city.

...the board voted to allow a council to be organized in the city to handle the affairs of the city. The council would be organized to handle the affairs of the city and to handle the affairs of the city.

...the board voted to allow a council to be organized in the city to handle the affairs of the city. The council would be organized to handle the affairs of the city and to handle the affairs of the city.

...the board voted to allow a council to be organized in the city to handle the affairs of the city. The council would be organized to handle the affairs of the city and to handle the affairs of the city.

...the board voted to allow a council to be organized in the city to handle the affairs of the city. The council would be organized to handle the affairs of the city and to handle the affairs of the city.

...the board voted to allow a council to be organized in the city to handle the affairs of the city. The council would be organized to handle the affairs of the city and to handle the affairs of the city.

Los oficiales de la municipalidad dijeron que la concentración de ciudadanos en contra de la pornografía hizo que ésta fuera la reunión de concilio de la ciudad más concurrida jamás.